



Estudios de Filosofía

ISSN: 0121-3628

revistafilosofia@udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Ocampo Giraldo, Rodrigo Jesús
Reflexiones cartesianas sobre el bien moral
Estudios de Filosofía, núm. 41, junio, 2010, pp. 221-230
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=379835893011>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Reflexiones cartesianas sobre el bien moral

Cartesian Reflections about Moral Good

Por: Rodrigo Jesús Ocampo Giraldo

Grupo de Investigación Entornos e Identidades

Departamento de Humanidades

Universidad Autónoma de Occidente

Cali, Colombia

rocamp@uao.edu.co

Fecha de recepción: 27 de marzo de 2009

Fecha de aprobación: 14 de agosto de 2009

Resumen: Además del interés de René Descartes por construir un edificio sólido del conocimiento, la reflexión sobre la moral y la cuestión de cómo conducirse en la vida, ocupa un lugar igualmente importante en su filosofía. En diversas cartas y escritos orientados hacia la búsqueda de la verdad, es posible rastrear una serie de consideraciones sobre lo que constituye una vida orientada en sentido moral, por el recto uso de la razón.

Palabras clave: pasiones, virtudes, moral definitiva, soberano bien.

Abstract: In addition to the interest that René Descartes had to construct a solid building of knowledge, the reflection on morality and the question of how to behave oneself in life, has an equally important place in his philosophy. In various letters and writings oriented to the search for truth, it is possible to trace a number of considerations about what constitutes a moral life oriented in a moral sense by the right use of reason.

Key words: passions, virtues, ultimate morals, sovereign right.

Introducción

En el *Discurso del Método* Descartes adopta una moral transitoria que le permita desenvolverse en la vida mientras encuentra un conocimiento sólido y evidente que le permita empezar a construir el edificio del conocimiento. En realidad, este interés por la moral se encuentra al comienzo y al final de su obra filosófica, en la que es posible identificar hasta qué punto logró nuestro autor sentar las bases de lo que denomina una moral definitiva y en qué medida se mantienen en esta, principios ya sentados en su denominada moral transitoria o provisional.

Así, analizaré en este trabajo lo que constituye el ideal de vida moral en Descartes, empezando por considerar lo que constituye el soberano bien y su relación con el control de las pasiones. A partir de aquí se cuenta con elementos

que nos orientan a lo que puede constituir su moral definitiva, la cual deviene tanto en un cultivo de la virtud como en la capacidad de tomar decisiones basadas en el conocimiento de las cosas.

Trataré de evidenciar en últimas, que el ideal de vida buena cartesiano, se basa tanto en una moral negativa -el control sobre las pasiones-, como en una moral positiva -el cultivo de la virtud-, lo cual a su vez, está orientado por un profundo interés en la corrección de las acciones en las relaciones sociales. También intentaré mostrar que las reflexiones que hace Descartes sobre la mejor forma de conducirse en la vida, demuestran un cuerpo de filosofía moral que además de no ser antagónico a su moral inicial, es congruente con lo que podría llamarse una ética del dominio propio que no solo representaría un bien en sí, sino un bien deseable por la paz y el contento interior que produciría, y por la promoción de sanas relaciones sociales.

1. El Soberano Bien

En algunas cartas de Descartes es posible distinguir al menos cuatro clases de bienes: el soberano bien en sí mismo, es decir, Dios; un supremo bien que hace referencia a la humanidad, es decir, a la reunión de todos los bienes tanto del cuerpo, como del alma y de la fortuna (Descartes, 1967: 471); el bien que no depende de nosotros y que tiene su origen en los honores, las riquezas y la salud; y aquél que depende de nosotros, como es el caso de la virtud y la sabiduría (*Ibid.*, 431). Respecto a este último, aparentemente Descartes es ambiguo cuando por una parte, dice que el soberano bien "...consiste en una firme voluntad de hacer el bien y en el contento que ello produce," (*Ibid.*, 471), y por otra, en el prefacio a Los Principios de la Filosofía, señala que éste "...no es más que el conocimiento de la verdad por sus primeras causas, es decir, la sabiduría,..." (*Ibid.*, 299). Es más, con relación a la primera definición, Descartes aclara que él distingue entre el ejercicio de la virtud -soberano bien -, "...y la satisfacción espiritual que sigue a esta adquisición", agregando que es preferible menos alegría pero conocer más, ya que es una perfección mayor conocer la verdad. (*Ibid.*, 434).

Según lo anterior, podría pensarse por ejemplo, que existe un soberano bien para la moral que sería la firme voluntad de hacer el bien o el ejercicio de la virtud, y otro para la ciencia en general, que consistiría en el conocimiento de la verdad por sus primeras causas o sabiduría. No obstante, si tenemos presente que al definir Descartes la sabiduría como conocimiento de la verdad por sus primeras causas, está indicando además, un conjunto de saberes que se desprenden de esto y que abarca el desarrollo de diversas ciencias y artes, entre ellas la moral, es claro que no existe ambigüedad en las definiciones citadas

En efecto, conocer la verdad por sus primeras causas implica para Descartes, tanto a una mejor comprensión del mundo como a una mejor comprensión de cómo conducirse en la vida. Esto es así, porque Dios, la inmortalidad del alma, y la confianza que da una razón guiada por lo claro y evidente, conllevan a la necesidad de buscar una correcta orientación de la voluntad que deviene del conocer con certeza a conducirse con rectitud.

La sabiduría de hecho, implica por una parte, el encuentro con juicios sólidos, los cuales, a medida que se avanza metódicamente en el conocimiento, aumentan, y por otra, implica virtud, es decir, "...la resolución y el vigor con que nos inclinamos a hacer las cosas que creemos buenas, con tal de que este vigor no proceda de obstinación, sino de que sabemos que las hemos examinado tanto como moralmente hemos podido." (*Ibid.*, 472).

La concepción de una estrecha relación entre conocimiento y virtud como elementos que determinan la adquisición de sabiduría, marca en la reflexión cartesiana, una relación con el legado socrático que atribuye al desarrollo de una vida buena y excelente, el conocimiento de la verdad. Este sería el soberano bien, es decir, la voluntad que conociendo la verdad y el bien, obra en consecuencia.

1.1. La cuestión de las pasiones.

Si nos detenemos ahora particularmente en la noción de virtud como fortaleza del alma que quiere el bien que conoce y lo practica con base en una firme voluntad, se puede observar que la vida virtuosa está en directa relación con el control sobre nuestras pasiones. En ello consiste propiamente la idea de buscar obtener una firme resolución de obrar bien, es decir, no conforme a la pasión sino conforme a la razón. El obrar bien no sólo se da desde la relación con los demás, sino también en relación con el cultivo y perfeccionamiento de la propia naturaleza.

Sin esta preocupación por el autoconocimiento, por cultivar las propias potencialidades y por dominarse a sí mismo, todo anhelo de vivir rectamente en medio de otros hombres y conforme a sanas costumbres, es susceptible de no ser realizable de manera segura y permanente, a causa de las pasiones inherentes a la condición humana, que puede inclinarnos en cualquier momento, a satisfacer intereses o deseos egoístas, así como a contrariar el bien moral que nos representa la misma razón.

Así, hay que preguntarse si es posible dominar las pasiones. La respuesta de Descartes es afirmativa, aunque tal como se verá más adelante, este dominio no

implicará buscar la supresión de ellas. En general, nuestro filósofo encuentra posible contrarrestar el influjo de las pasiones a través del entendimiento y la voluntad, tal como lo afirma en la carta a Elisabeth del 18 de Mayo de 1645, en donde nos dice que los razonamientos de las almas grandes son tan poderosos que tienen la capacidad de dominar sus propias pasiones, incluso aunque estas lleguen a ser más violentas que las del vulgo.

El poder que puede tener la razón sobre la pasión es además, consecuente con su sistema de Metafísica. Si Dios no es engañador, es Bueno y Justo, seguramente no condenaría al hombre a la esclavitud y a la aflicción. Esto se daría inevitablemente si en el compuesto llamado hombre, el entendimiento y la voluntad no fueran dispuestos por Dios, como suficientemente capaces de influir en los movimientos ajenos al espíritu, como producto de su unión con el cuerpo. Todo esto traza de por sí, una relación de la Metafísica cartesiana con su sistema de Moral, y además, con la forma como nuestro autor entiende el funcionamiento del organismo humano. Esto último es así debido a que la cuestión fundamental es la de cómo lograr control sobre la pasión, con lo que es necesario empezar por examinar en qué consiste ésta, lo cual nos lleva a estudiar el funcionamiento del cuerpo humano, en tanto que es por la relación cuerpo-alma, que surge lo que denominamos pasiones.

De igual manera, las relaciones de la moral con la biología e incluso con la medicina, empiezan a ser claras cuando se observa que en el pensamiento de Descartes resulta fundamental considerar tanto los medios para dirigir apropiadamente las pasiones, como aquellas prácticas de vida tendientes a mantener la salud del cuerpo y el alma, de tal forma que la enfermedad de uno u otro aspecto del compuesto que denominamos ser humano, se pueda evitar todo lo posible. No es para nada ajeno a nuestro filósofo, que los vicios del alma repercutan en el bienestar del cuerpo, o que a su vez, los quebrantos de este debido a excesos o falta de cuidado, repercutan en la integridad y fortaleza del alma, en su capacidad para razonar con claridad.

Descartes nos dice que las pasiones son “...percepciones o sensaciones o emociones del alma que se refieren particularmente a ella y que son causadas, mantenidas y fortificadas por un movimiento de los espíritus” (Descartes, 1994: 99). Estos espíritus que el filósofo denomina “animales”, son aire muy sutil contenido por los nervios (*Ibid.*, 86), y, así, las pasiones que siente el alma son producto de sus movimientos (*Ibid.*, 167). Tenemos aquí una breve descripción de la interdependencia del cuerpo con el alma, y cómo esta relación da sentido a lo que podemos denominar desarrollo moral.

En efecto, la manifestación de pasiones está muy ligada tanto con el sistema nervioso como con el sistema circulatorio. Es a través de la sangre y sus ciclos que irrigan músculos, pulmones, corazón y cerebro, que se generan diversos movimientos que devienen en sensaciones, emociones y percepciones incentivadas por los estímulos del mundo fenomenal. El conflicto interior que tiene que enfrentar todo aquél que desea vivir virtuosamente, se explica por una tensión que se suscita entre el alma y su voluntad, y el cuerpo y sus espíritus, a través de la excitación por parte y parte de la pequeña glándula que se encuentra en el centro del cerebro (*Ibid.*, 110), es decir, la glándula pineal que constituye el asiento del alma (*Ibid.*, 101).

1.2. La acción moral

Por lo anterior, tenemos que la acción moral puede verse en la reflexión cartesiana como un trabajo en dos direcciones. Por un lado, el quehacer moral consistirá principalmente, en hacer que el alma se desarrolle o se haga fuerte controlando debidamente los impulsos que surgen a causa de su estrecha unión con el cuerpo. Efectivamente, Descartes mantiene una concepción según la cual la moralidad o virtud de un hombre está relacionada con la fortaleza del alma, “...las almas más fuertes son las de aquellos cuya voluntad puede vencer más fácilmente las pasiones e impedir los movimientos del cuerpo que las acompañan” (*Ibid.*, 111).

Por otro lado, Descartes también es claro al considerar que la fuerza del alma debe estar guiada por el conocimiento de la verdad, evitando con ello orientar la acción desde la mera opinión; él tiene en claro la diferencia “...entre las resoluciones que proceden de alguna opinión falsa y las que sólo se apoyan en el conocimiento de la verdad, en cuanto que si se siguen estas últimas se está seguro de no tener nunca pesar ni arrepentimiento, mientras que se tienen siempre siguiendo a las primeras, cuando se descubre su error.” (*Ibid.*, 112). En otras palabras, el desarrollo moral no solo será una cuestión de voluntad, sino igualmente, de adquisición de conocimiento certero para guiar correctamente la propia existencia y la toma de decisiones.

Es interesante contrastar la cita anterior, con lo que se lee en la carta a Elisabeth del 6 de octubre de 1645 y según la cual “...no tenemos motivo de arrepentirnos cuando hemos hecho lo que hemos juzgado era lo mejor en el momento en que debimos resolvernos a hacerlo, aunque después, volviendo a pensarlo con mayor calma, juzguemos habernos equivocado” (Descartes, 1967: 435). Esto nos lleva igualmente, a comprender mejor la segunda forma de asumir la acción moral, es decir, como toma de decisiones basada en el conocimiento certero de las cosas.

En efecto, puede pensarse que podemos tener dos tipos de resoluciones: unas adoptadas con tiempo y calma, basadas en el conocimiento de la verdad, y otras menos meditadas pero que se consideran como las mejores sin que se sea por el momento consciente del error y que deben seguirse porque es mejor actuar máxime si las circunstancias así lo exigen, aunque no haya seguridad suficiente.

Precisamente, el exceso en la irresolución por el querer hacer todo bien, se cura acostumbrándonos “....a formar juicios ciertos y determinados sobre todo lo que se presente, y a creer que cumplimos siempre con nuestro deber cuando hacemos lo que creemos que es mejor aunque acaso juzguemos mal.” (Descartes, 1994: 181). Pero, entre los dos tipos de resolución, la que surge de conocer la verdad es preferible a aquella que se da por que las circunstancias a ello obligan.

Esto es sentado definitivamente cuando Descartes dice en Los Principios de la Filosofía que “Es grande la diferencia entre las virtudes verdaderas y las aparentes, y grande es también la que hay entre las que proceden de un conocimiento seguro de las cosas y las que van acompañadas de alguna ignorancia.” (Descartes, 1967: 293), agregando que “...son mucho más perfectos aquellos en quienes se encuentra junto con una firmísima voluntad de actuar rectamente, el espíritu más perspicaz y la máxima preocupación de conocer la verdad.” (*Ibid.*, 295). Y más adelante, en el prefacio, nos dice: “Propiamente es tener los ojos cerrados sin tratar de abrirlos jamás el vivir sin filosofar...este estudio es más necesario para reglar nuestras costumbres y conducirnos en esta vida que el uso de nuestros ojos para guiar nuestros pasos.” (*Ibid.*, 298-299).

Finalmente, en la carta a Elisabeth del 4 de Agosto de 1645, se señala que “... cuando la virtud no está iluminada por el entendimiento puede ser falsa, es decir, que la voluntad y la resolución de obrar bien pueden conducirnos a cosas malas cuando las creemos buenas, entonces el contento que sobreviene no es sólido;...”. (*Ibid.*, 432-433).

Así, es posible pensar en una moral producto de los avances en la investigación de la verdad en las diversas ciencias. En efecto, abordar el tema de las pasiones requiere como se señaló, algunos fundamentos metafísicos, pero principalmente conocimientos en Física, tal como se menciona en la Carta a Elisabeth de Mayo de 1646. El conjunto de todo este saber tanto teórico como práctico es sabiduría en tanto que saber que se desprende sólidamente de primeros principios, e ideal de vida que implica tanto una moral como una ciencia confiables.

2. La Moral Definitiva.

La moral definitiva debe basarse así, en ciertos principios claros de carácter práctico, principios que se desprenden de los avances en la Física en general, pero esencialmente del cultivo de la razón. En efecto, el uso de la recta razón a partir de los fundamentos metafísicos lleva a desarrollar una Física que abarca la Mecánica, la Medicina y la Moral. Esta última, en tanto que último grado de la sabiduría, depende en cierta medida del conocimiento previo de las otras ciencias máxime si se tiene en claro que todas las ciencias están estrechamente ligadas, siendo precisamente el hilo conductor el conocimiento evidente de la verdad.

El conocimiento en el campo de la moral será entonces básicamente, distinguir con claridad las diversas pasiones para lograr bienestar y contento en esta vida al regularlas y orientarlas de manera constructiva. Estos objetivos de procurar contento y bienestar no solo a si mismo sino a los demás, se da también por el desarrollo de la Mecánica y la Medicina, pero Descartes da a entender que tal vez el fin de la Moral es más importante porque ataña propiamente a la salud y bienestar del alma.

Ahora bien, son múltiples las pasiones que puede generar la naturaleza humana, pero existen básicamente seis a partir de las cuales las demás pueden ser explicadas: admiración, amor, odio, deseo, alegría y tristeza (Descartes, 1994: 121). Aquí el problema no consiste en que la unión del alma con el cuerpo pueda generar todo tipo de pasiones, sino en que el alma se convierta en una esclava de ellas y no pueda dominarlas de manera apropiada.

El alma humana queda sujeta a las pasiones cuando llevada por aquellas permanece sin orientación y a la deriva, mientras que, por el contrario, logra emanciparse cuando por medio de conocer el bien y el mal a través de juicios sólidos y claros, las controla. (*Ibid.*, 111-112).

Tal como hemos visto, esta voluntad de dominarse a sí mismo para seguir la recta razón que conduce al bien obrar, es virtud. Ella se da cuando el alma mantiene la resolución de actuar según lo que juzgue correcto y bueno con base en el claro conocimiento de las cosas, o lo mejor posible en su defecto, pero siendo siempre preferible lo primero. Al cultivarse la virtud, la paz del alma queda salvaguardada a pesar del vaivén de las pasiones, pues se mantiene la tranquilidad de la conciencia. En efecto, el remedio contra las pasiones no es el sólo uso de la razón, sino también el ejercicio de la virtud (*Ibid.*, 168).

Además, no se trata tanto de suprimir las pasiones ya que al fin y al cabo son ellas las que le dan riqueza a la vida. De lo que se trata es de buscar conducirlas apropiadamente para que de ellas se pueda derivar provecho (*Ibid.*, 205). La fórmula para catalogar la naturaleza de las pasiones en general esta dada en la carta a Chanut de Febrero 1 de 1647: “Se puede decir que una pasión es peor que otra porque nos vuelve menos virtuosos; o porque contraria más nuestro contento; o en fin, porque nos lleva a mayores excesos y nos dispone a hacer mayor daño a los demás hombres.” (Descartes, 1967: 461).

Es interesante notar aquí también, que nuestros males no proceden tanto de las pasiones, sino propiamente de las emociones internas, y de ahí que la vida virtuosa ayude al control de las pasiones en tanto que de ella resulta una tranquilidad del alma que no puede desvanecer estas (Descartes, 1994: 167-168), tranquilidad que es necesaria para orientar la voluntad a partir de claros juicios.

Igualmente, también es claro que el problema no consiste en el exceso en la pasión, pues precisamente de esto se puede derivar mayor utilidad y gozo en la vida, sino que consiste en que la dirección hacia el exceso en una pasión, no esté regulada por la razón o se salga del dominio de ésta, lo cual es claro tanto en la Carta a Elisabeth, de Septiembre 1 de 1645, como en el Tratado de las Pasiones (Descartes, 1994: 205). Así, en la reflexión cartesiana es importante tener en cuenta además del ejercicio de la virtud en general, ciertos hábitos en la dirección de la pasión o en su control, para asegurar contento y paz, y, en fin, vivir una vida moral.

2.1. El cultivo de las virtudes.

En primer lugar tenemos el cultivo de la generosidad. Esta es una virtud básica que promueve el dominio sobre pasiones como los celos, el deseo, la envidia, la cólera, el orgullo, el miedo y el odio (Descartes, 1994: 171-173, 199). Estas pasiones en efecto, tienen una naturaleza excluyente, de rechazo, ya sea a terceros que interfieren con la consecución de determinado objeto, o ya sea a personas que puedan resultar una amenaza para alcanzar nuestros fines. La generosidad entendida como una disposición noble continua del ánimo, como actitud de desprendimiento y buena voluntad, sería la encargada de mitigar estas tendencias.

Por su parte, también tenemos el amor a Dios, el cual es considerado en la Carta a Chanut de Febrero 1 de 1647, como la pasión más arrebatadora y más útil que se pueda sentir (Descartes, 1967: 457). Es ciertamente una pasión en el sentido que adsorbe al sujeto que se esfuerza en contemplar los atributos divinos para orientar de esta manera, el desarrollo de cualidades y virtudes humanas.

En efecto, este ejercicio de meditación profunda en lo divino, produciría una apropiada condición interna para ejercitar el alma. Esto es consecuente con la idea expuesta en las Meditaciones Metafísicas, según la cual, la admiración y la contemplación de Dios y su perfección, produce el mayor contento que es posible obtener en esta vida (Descartes, 1977: 44). El amor a Dios como virtud, implicará en fin, una disposición de entrega a lo infinito e igualmente, fe en la revelación divina, en tanto que no bastaría la fuerza de la mente humana en su finitud, para dar cuenta de la totalidad y fines últimos, hacia lo que estaría encaminado todo lo existente.

Otra virtud a considerar es la del dominio propio. Esta involucraría un ejercicio constante de autoobservación y firme voluntad para perseverar en ciertos hábitos tendientes a mitigar la fuerza de impulsos y pasiones. Respecto a la premeditación y a la habilidad observando los movimientos de la sangre y de los espíritus de los pensamientos a que van habitualmente unidos, Descartes señala que son imprácticos para la mayoría de las personas. Así, recomienda que cuando se sienta que la sangre está commocionada por excesos pasionales, se debe recordar simplemente que todo lo que se presenta a la imaginación tiende a engañar al alma.

Cuando hay una recurrencia de deseos y pensamientos pasionales, será necesario además, para dar lugar a la fuerza de la virtud, distraerse con otros pensamientos hasta que el tiempo y el reposo apacigüen la commoción de la sangre. Y, por último, cuando la pasión incite a actos que hay que decidir sobre la marcha, es necesario que la voluntad se incline a considerar y seguir razones contrarias a las que presenta la pasión (Descartes, 1994: 203-204).

Vemos en general, que para Descartes es indispensable formarse ciertos hábitos tanto en la forma de pensar como en las actitudes con que se asumen la recurrencia de ciertos estados del ánimo que puedan abrir la posibilidad para que diversas pasiones controlen. Este optimismo por el poder que tiene un hábito bien logrado a la hora de regular las propias pasiones es evidente cuando el autor señala que es claro que los movimientos tanto de la glándula pineal como de los espíritus y el cerebro, pueden ser separados del alma por el hábito y unidos a otros muy diferentes, de tal manera que todo ser humano tendría la capacidad de controlar sus propias pasiones (*Ibid.*, 113-114).

En fin, tal como se afirma en el Tratado de las Pasiones del Alma, las pasiones solo pueden ser producidas o suprimidas "...indirectamente por la representación de las cosas que van habitualmente unidas a las pasiones que queremos tener y que son contrarias a las que queremos reprimir" (*Ibid.*, 108-109) y no directamente

por la voluntad. El trabajo indirecto sobre las pasiones, para lograr su regulación y servicio a los fines de la razón, quizá sea una de las marcas distintivas de la propuesta cartesiana, ya que en su sistema de moral, no apuesta por un rechazo o batalla directa contra nuestros impulsos y deseos desbordantes, sino su enrutamiento consciente, en cuya labor, la imaginación, ciertos hábitos de vida, y la voluntad adecuadamente encaminada, juegan un lugar central.

Conclusión

La disciplina moral implica en general, adoptar una forma de vida habitual relacionada, por una parte, a la firme voluntad de hacer el bien, y por otra, a entrenarse en el autocontrol, es decir, en el dominio sobre las pasiones vigilándolas y tratando de regularlas metódicamente. Este último punto es quizás el fundamental ya que sin el dominio propio, toda buena intención sería algo esporádico y el recto obrar no sería constante. Así, si la máxima preocupación en las ciencias es conocer la verdad, en moral la máxima preocupación del individuo consistirá en estudiar sus propias pasiones para poder regularlas según el caso y adquirir el dominio sobre sí mismo.

Si bien algunas de las reflexiones cartesianas sobre la moral, no se alejan mucho del legado antiguo sobre el asunto de las pasiones y el cultivo de la virtud, es posible reconocer una propuesta ética definida centrada tanto en el ejercicio de la razón como de la voluntad, que resulta estimulante al revelar un cuerpo de filosofía orientado tanto a la adquisición de conocimiento como a la obtención de dominio propio y al saber tomar decisiones adecuadas ante las vicisitudes de la vida cotidiana.

Bibliografía

1. DESCARTES, R. (1967) *Obras Escogidas*, Trad. de Ezequiel de Olaso - Tomás Zwanck, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
2. DESCARTES, R. (1994) *Discurso del Método. Tratado de las Pasiones del Alma*, Trad. de Eugenio Frutos, Barcelona, RBA Editores.
3. DESCARTES, R. (1977) *Meditaciones Metafísicas*, Trad. de Vidal Peña, Madrid, Editorial Alfaguara.
4. DESCARTES, R. (1945) *Cartas sobre la Moral*, Trad. de Elisabeth Goguel, Buenos Aires, Editorial Yerba Buena.